

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

PERPLEJIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

AUN cuando la campaña electoral norteamericana con vistas a la designación de un nuevo huésped en la Casa Blanca no se inició oficialmente hasta el 1.º de septiembre, antes de tal fecha ambos candidatos hicieron públicos sus puntos de vista en lo que atañe a las directrices de la política exterior estadounidense. Tanto Stevenson como Eisenhower comparecieron ante la veterana Legión Norteamericana, el primero el 25 de agosto y el segundo el 27 del citado mes. Nos interesa reflejar aquí determinadas manifestaciones de Adlai Stevenson. «No estoy seguro —decía el candidato demócrata— de que históricamente haya habido otra potente nación en la que se haya confiado tanto como hoy se confía en los Estados Unidos. Es algo nuevo bajo el sol el que los países más orgullosos del mundo no sólo hayan aceptado la dirección norteamericana en el esfuerzo de la defensa común, sino que también hayan acogido con agrado la llegada de nuestras tropas y el establecimiento por nosotros de bases en sus territorios.»

No es la primera vez que se formula tal apreciación. Reiteradamente los críticos norteamericanos han resaltado el hecho acaso sin precedentes de que un pueblo, sin aspirar al desempeño de una misión de alcance universal, bien a pesar suyo se haya visto convertido en cosmografía potencial. Ese margen de confianza que el mundo extrasoviético ha otorgado a Norteamérica exige de parte de los Estados Unidos el ofrecer a los requirentes una base normativa de conducta; de ello debe inducirse que ninguno de los dos aspirantes a la presidencia puede permitirse el lujo de propugnar orientaciones disímiles en materia de política internacio-

nal, a menos de ver acentuada la ya prominente perplejidad del mundo occidental. Pese a lo cual las discrepancias asoman y posiblemente se incrementarán a medida que avance y se acentúe la propaganda preelectoral. Stevenson parece inclinado a respaldar la política de contención patrocinada por Truman. Esa persistencia, en cierto modo explicable, precisaría de una justificación, que el candidato demócrata no ha sabido ofrecer a sus posibles seguidores. La única explicación brindada no parece propicia para provocar el aquietamiento, ya que Stevenson se limitó a decir: «Finalmente, muchos no comprenden sino en parte o son reacios a admitir que el coste necesario para mantener una "guerra fría" no es sino una fracción de lo que acarrearía una guerra general.» Centrando su atención en el aspecto económico del problema, Stevenson parece desdeñar lo que hay de auténticamente sustancial en la cuestión abordada. Ignoró el candidato demócrata que la denominada «guerra fría» es en realidad una tregua y que toda tregua, por contenido y destino, es meteórica y constituye antecedente de un conflicto armado.

Más acertado en lo que a este aspecto del problema atañe, Eisenhower afirmaba: «El temor al peligro da nacimiento al militarismo y a la transformación de un país en arsenal de guerra. El miedo es la causa provocadora de la bancarrota moral, de la pérdida de sustancia y de la corrupción del hombre. El temor, cuando se prolonga, es tan costoso para los recursos materiales, las vidas y el espíritu del hombre como un desastre militar. En una era de temor crónico se percibe el temblor de muerte de una nación. Establecer la paz consiste en crear las condiciones que supriman el temor y den nacimiento a la confianza.»

Las palabras transcritas, aun cuando pronunciadas con anterioridad a las de Stevenson, parecen constituir una adecuada réplica a las mismas. Eisenhower aborda el aspecto espiritual de la guerra fría, y especialmente roza el problema del desencanto que tal contienda dialéctica genera en los medios sensibles del mundo occidental europeo; pero prisionero de sus propios antecedentes, de modo indirecto hace suya la doctrina del parapetismo, que en esencia no es más que una variante —rotularia, no sustancial— de la política de contención. Parecen fortalecer nuestra anterior apreciación otras palabras de Eisenhower pronunciadas también ante la Legión Norteamericana: «Nuestro gobierno deberá de una vez para siempre y de modo irrevocable decir al Kremlin que no re-

conoceremos jamás las posiciones soviéticas en Europa oriental y en Asia. Un día llegará en que los pueblos sometidos tendrán ocasión, en plena libertad y ante los ojos del mundo, de elegir la ruta de su devenir.»

La aseveración de Eisenhower ni es eficiente ni siquiera original. Fuera ya esgrimida por Stimson y bautizada con la denominación de «doctrina del no reconocimiento» cuando el Japón fabricara el imperio manchú. Incluso la respaldara la Sociedad de Naciones, pero el carácter pasivo de tal doctrina no afectó para nada al fortalecimiento de la posición nipónica en la llamada Gran Asia Oriental, y fué precisa la cruenta lucha en el Pacífico para desahuciar al Japón de las tres provincias del Este. Aquella experiencia debiera inducir al general Eisenhower a la conclusión de que de nada sirven las posiciones estáticas si no van seguidas de una actitud dinámica. El hecho de que los Estados Unidos adopten la posición negativa propugnada por Eisenhower en nada afectará a la fortaleza del telón de acero, y esta realidad justificará ese temor y ese escepticismo del mundo occidental que el propio Eisenhower consideraba altamente pernicioso. Así no salimos del parapetismo, que en esencia vale tanto como aceptar la técnica rusa de la «guerra fría», en exclusivo beneficio de la U. R. S. S.

Sin duda percibiendo cuanto hay de indefendible en las precedentes tesis, un mentor de la política exterior norteamericana, que ha colaborado con Truman en calidad de astro de primera magnitud, y considerado como experto en materias internacionales (aludimos a Foster Dulles), ha propugnado otra política denominada de «liberación». La palabra resulta explicablemente sospechosa para el mundo occidental europeo, habida cuenta de que por perceptible asociación de ideas le hará pensar en la tesis denominada de la «defensa periférica» (nueva versión del aislacionismo norteamericano), y a virtud de la cual, partiendo de la indefendibilidad de Europa ante una agresión comunista, era preciso aceptar ese hecho inicial y pensar en la liberación de una Europa invadida. Pero ahora la versión es diferente, ya que de lo que se trata es de liberar a los pueblos situados más allá del telón de acero, con lo cual no sólo se trazaría un límite irrebasable a la expansión rusa (tesis de la contención), sino que se haría retroceder a Rusia a sus fronteras auténticas, logrando el desprendimiento de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Albania, Bulgaria y China.

Foster Dulles nos describe cómo puede ser alcanzado tal objetivo, aun cuando su versión nos parezca dialécticamente reprochable. Parte de la tesis defendida por Eisenhower: la del «no reconocimiento» de las anexiones impuestas por Rusia en el período postbélico. Considera que una declaración de «no reconocimiento» por parte de los Estados Unidos, formulada de manera inequívoca, llevaría al ánimo de los pueblos satelitizados un rayo de esperanza e incrementaría la corriente «resistenciaalista». Foster Dulles va más lejos que su correligionario Eisenhower, ya que propugna una ayuda directa a esos pueblos no por la intervención de los Estados Unidos, inmixción que podría provocar la guerra, sino a medio de la iniciativa privada y especialmente de la propaganda a cargo de la «Voz de América». Las mínimas consecuencias de tal sistema se reflejarían en la circunstancia de que Rusia vería alterada su política asimilista y debería concentrar sus esfuerzos en la neutralización de los que así alcanzarían la condición de insumisos. Ello valdría tanto como alterar el carácter acentuadamente plácido de la «guerra fría» y apartar a Rusia de futuras veleidades anexionistas.

La tesis liberatriz de Foster Dulles, a nuestro entender, no es tan factible como la considera su autor, ya que una de dos: o la acción liberatoria realizada dentro del área del telón de acero produce sus frutos o no; en el segundo supuesto nada impediría a Rusia proseguir su camino; en el primer caso, la U. R. S. S. tendría que acusar los efectos de la acción liberadora, y viendo en peligro su programa de ambición cosmocrática pensaría si era llegado el instante de reemplazar la guerra en potencia por la guerra en acto, epílogo que serviría de apoyo dialéctico a cuantos desde la otra orilla del Atlántico pretenden resucitar el aislacionismo a caballo de un alarmismo que se incrementaría al ser puestos en ejecución los proyectos de Foster Dulles. El mentor de la política internacional norteamericana hace notar que es preciso dispensar más atención a América del Sur, Asia y África que a la Europa occidental. Afirmación sorprendente si se tiene en cuenta que los pueblos cuya liberación se propugna son fundamentalmente europeos y que ni América del Sur ni África se pueden desligar del problema europeo. Esto aparte, la declaración que propugnan tanto Eisenhower como Foster Dulles implicaría otra consecuencia: prolongación indefinida de la actual división de Ale-

mania, escisión que vedaría toda posibilidad de cohesión del mundo occidental europeo.

Si ahora recordamos las afirmaciones de Stevenson reproducidas en otro lugar de estas glosas, no sería arbitrario concluir que si es cierta la versión, a cuyo tenor nunca se ha dado el caso de un pueblo tan unánimemente solicitado como lo es Norteamérica por el mundo occidental, nada hace entrever que los Estados Unidos estén en condiciones de evidenciar ante ese mundo requirente que saben hacia dónde se encaminan y disponen de medios para recorrer una ruta cuyo trazado no logramos percibir.

De las anteriores consideraciones parece indicado deducir que se ha producido una clara escisión en la manera de interpretar la política exterior de los Estados Unidos; para los demócratas la política de contención sigue teniendo vigencia, y al proclamarlo así dan a entender que aceptan los hechos consumados y a lo único que aspiran es a impedir que el telón de acero pueda correrse hacia Occidente. Los republicanos nos brindan una versión más dinámica del problema, primero esgrimiendo la tesis de la política del no reconocimiento, después dando un paso más aventurado al patrocinar el sistema que los republicanos denominan del *roll-back*, es decir, provocar la retirada de Rusia a sus auténticos límites territoriales y despojarla así de su mundo satelitizado. Esa bifurcación de opiniones no sólo incrementará la perplejidad del elector norteamericano, sino que acentuará la alarma en los medios occidentales europeos; tal discrepancia interpretativa, al propio tiempo, facilitará nuevos argumentos a los partidarios de la «guerra fría».

REACCIONES COMPLEJAS AL SUR DEL RÍO GRANDE

Julio de 1948; diariamente tomábamos el tren que nos transportaba a la ciudad del Plata, en cuya Universidad explicábamos un curso monográfico sobre el problema de las Malvinas en su significación histórica, jurídica y diplomática. Reiteradamente coincidíamos con otro compañero de viaje que se trasladaba a La Plata con parecida finalidad; era el doctor Velasco Ibarra, presidente constitucional del Ecuador, derrocado y viviendo en el exilio austeramente, sin otra fuente de ingresos que la deparada por

su cátedra en la citada Universidad. Perfil de hidalgo español y modos de auténtico caballero. Del exilio el profesor Velasco Ibarra pasó nuevamente a la presidencia del Ecuador, triunfo ganado limpiamente en unas elecciones sin reproche. Esa trayectoria citada debe servir de motivo de meditación para todo español interesado en los problemas de Hispanoamérica. No se trataba de una experiencia aislada, sino de un síntoma que contaba con precedentes en el nuevo mundo. Así, Perón saliendo de la cárcel para alcanzar después un triunfo electoral espectacular. Así Getulio Vargas, al cual el voto prominente de sus conciudadanos lo llevara de su retiro voluntario de la chacra de Río Grande al palacio presidencial de Río. Finalmente, el caso del general Ibáñez, que alejado del Poder desde 1931 torna ahora a la presidencia, después de una votación a su favor que suma más sufragios que los obtenidos por todos sus adversarios políticos reunidos. De esas cuatro experiencias citadas, a las cuales puede agregarse la de Paz Estensoro en Bolivia, se induce una relevante consecuencia: reinstalaciones presidencias en Bolivia, Ecuador, Chile y Brasil; innovación en la República Argentina.

Situado ante esas inquietantes experiencias, el observador europeo, generalmente mal informado respecto de los problemas del Nuevo Mundo (sin más excepción que la de un grupo de exegetas españoles que han sabido calar en lo profundo de esas exteriorizaciones), opta por la interpretación simplista, y nos dice que asistimos a una especie de recidiva de tipo totalitario o fascista en Sudamérica. Nada más lejos del acierto que tal interpretación; el actual problema sudamericano es demasiado complejo para reducirlo a una mera frase hecha. Intentemos por lo menos enumerar aquí cuáles son los factores integrantes de tal complejidad.

Coincidiendo con nuestra estancia en tierras del Brasil llegaba a Río Dean Acheson; se asignaba como causa explicativa de tal desplazamiento la decadencia registrada en la denominada «política del buen vecino», inaugurada por Roosevelt en el primer mandato presidencial. Se había registrado un evidente apartamiento entre las dos Américas situadas al Norte y al Sur del Río Grande, atribuyéndose la responsabilidad de esa evidente lejanía en parte a los Estados Unidos y en buena proporción a la presión de los acontecimientos. Se registraba un hecho trascendente: el creciente interés de Norteamérica por los problemas de la defen-

sa occidental europea, nueva manifestación de la política pendular de los Estados Unidos. En este sentido puede registrarse una semejanza en las políticas exteriores de Norteamérica y Rusia que pocas veces ha sido percibida; así como en Rusia la intensificación del paneslavismo implicaba una puesta al margen del pansiatismo, en los Estados Unidos la agudización del aislacionismo se traducía en el incremento de las relaciones interamericanas. Hoy parece de toda evidencia que los Estados Unidos prestan atención preferente al mundo occidental europeo, y en la misma medida cercenan su atención respecto al Nuevo Mundo. Si el lector de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS desea disponer de una prueba concluyente piense en el contenido de los discursos pronunciados por Eisenhower y Stevenson como aspirantes a la Casa Blanca; en lo que atañe al problema de política exterior —como puede comprobar él que leyere las páginas precedentes— las tesis de ambos candidatos giran sustancialmente en torno al problema de la liberación de los pueblos situados al otro lado del telón de acero; así, la concentración de las inquietudes norteamericanas en torno al problema de Europa implica alejamiento respecto de los problemas específicamente americanos.

Como otro de los factores preponderantes en el complejo sudamericano se cita el del resentimiento. A tal objeto se alega que de los siete millones de dólares votados por el Congreso de Washington como ayuda al extranjero, lo asignado a Hispanoamérica no alcanza al 1 por 100 de dicha cifra. A guisa de explicación se alegó que Europa es hoy el centro neurálgico en la lucha fría entablada entre los Estados Unidos y Rusia, y ello justifica que la ayuda norteamericana se dedique a Europa en una gran parte. Esta alegación de tipo acentuadamente castrense no parece construida para percatar al espectador, ya que sobre la Europa postbélica gravitaban dos inquietudes, una de tipo social, otra de indefensión militar, pero la segunda no podía ser adecuadamente abordada sin resolver previamente la primera; por ello el plan Marshall estaba dictado más que por motivos esencialmente defensivos en el orden puramente castrense por la conveniencia de acelerar la lenta y problemática reconstrucción de Europa; precisamente por ello sólo después que el citado plan rindió sus frutos se pensó en crear la comunidad defensiva europea a medio del rearme de Occidente. Existía, se agrega, una razón de emergencia respecto de Europa que no se daba a propósito de Hispa-

noamérica. Esta alegación bien merece un intento de valoración adecuada.

Los que hablan indistinta, y, por tanto, erróneamente, de la reconstrucción europea y del problema de la defensa de Occidente, desdeñan un factor que estimamos fundamental, y es el siguiente: Europa en el período histórico postbélico no puede considerarse reducida a sus específicos límites geográficos; Europa no se concibe sin su complemento geopolítico y económico a la vez: nos referimos al continente africano; una gran parte del continente africano, y en desigual proporción, cae bajo el área soberana de cinco naciones del Viejo Mundo; los progresos técnicos últimamente registrados convierten al continente africano en una esfera de reserva para Europa prácticamente ilimitada, sobre todo en lo que se refiere a un próximo y dilatado porvenir; pero la magnitud de la empresa que implica la puesta en plena producción del continente africano precisa la inversión de enormes capitales. Los Estados Unidos, inspirados en lo que puede ser la experiencia africana, han dado nacimiento al denominado punto IV, y están dispuestos a participar en gran escala en esta ingente tarea de la revalorización de Africa. Este proyecto, si algún día es convertido en realidad, a quien más directa y siniestramente puede afectar es a Hispanoamérica. De lo que como amenaza para su economía representa se han dado clara cuenta algunos espíritus penetrantes del Nuevo Mundo. Entre otras voces de alarma bástenos citar una; aludimos al voluminoso libro de Carlos Dávila, en otros tiempos embajador de Chile en Wáshington durante el primer mandato presidencial del entonces coronel Ibáñez, obra que lleva por título *Nosotros los de las Américas*, originalmente publicado en los Estados Unidos y después editado en castellano en Chile. Trátase de un libro de tesis, y como sucede habitualmente en esta clase de publicaciones, acaso el autor acentúa exageradamente su alarmismo en lo que atañe a la valoración del peligro que representa para el Nuevo Mundo una global explotación del continente africano. Pero el fondo de verdad que late en la obra de Carlos Dávila constituye un motivo más para acentuar la alarma del Nuevo Mundo ante la política pendular de los Estados Unidos, hoy próxima a Europa y Africa en la misma medida en que se aleja de Hispanoamérica, y si las naciones situadas al Sur del Río Bravo reprochan, no sin razón, a los Estados Unidos que éstos han considerado a Hispanoamérica más como fuente de exporta-

ción de primeras materias que como lugar adecuado para crear riqueza autóctona mediante la instalación de grandes industrias, se justifica su ansiedad si se piensa que dichas naciones perciben la inclinación norteamericana proyectada más hacia el continente negro que hacia el americano.

A este propósito será bueno recordar aquella pugna que se produjo en el seno del partido socialdemócrata alemán en los años que antecedieron a la gran guerra número 1, cuando Hildebrand, expulsado del partido por la tesis que respaldaba, señalaba el peligro que representaba para Europa la puesta en explotación del continente negro, que con su nivel de vida primitivo podría producir en condiciones ruinosas para Europa. Mas hoy las condiciones se han alterado sustancialmente, ya que allí donde Hildebrand veía un peligro para el Viejo Mundo, Europa, no sin razón, estima que radica la posibilidad de su pleno y total restablecimiento. Esta alteración de los términos del problema repercute sobre el Nuevo Mundo de manera evidente. Se piensa en Hispanoamérica que el capitalismo, especialmente el norteamericano, preferirá invertir sus excedentes financieros en un continente de vida rudimentaria, donde el problema social no constituye una realidad ni las reivindicaciones obreras equivalen a una amenaza inmediata, que destinarlos al Nuevo Mundo, donde precisamente el sentimiento nacionalista y antiyanqui se apoya en las grandes masas trabajadoras.

Es ese ambiente y ese cúmulo de condiciones complejas lo que puede servir como causa explicativa de las reacciones registradas recientemente en Sudamérica a través de la experiencia de una serie de elecciones presidenciales. Trátase de un movimiento instintivo más que de una reacción reflexiva, ya que si los animadores de esas corrientes nacionalistas pensasen en las posibilidades de dar satisfacción a los explicables deseos del elector sudamericano pronto percibirían la magnitud del problema con que habrán de enfrentarse cuando llegue el momento de convertir en realidad esas aspiraciones de las masas.

Una cosa es lo que la lógica puede aconsejarnos y otra bien distinta la solidez de los argumentos esgrimidos frente a la acción norteamericana al Sur del río Bravo. Es evidente que por lo menos hasta el presente los Estados Unidos han interpretado a Hispanoamérica como tierra de productos extractivos, considerados más que en beneficio de los proveedores en ventaja evidente

para la industria y la alimentación norteamericanas. Los Estados Unidos no han instalado grandes industrias en los países sudamericanos. Sólo pueden citarse, como excepción, las industrias pesadas de Volta Redonda, en el Brasil, y de Huachipato, en Chile. Pero el estaño boliviano, el cobre chileno, el petróleo venezolano y mejicano, el caucho brasileño se consideran como industrias extractivas con convergen en Norteamérica, privando así de una riqueza a los países exportadores, que pudieran encontrar en su explotación y transformación en los lugares de producción un instrumento de manumisión económica y, por ende, política.

La angustia que se adueña de los pueblos sudamericanos, que se consideran económicamente pueblos irredentos, explica en cierto modo sorprendentes reacciones electorales registradas en los últimos años. Hoy en Chile, en la Argentina, en Bolivia, en más atenuada medida en el Brasil, se registran movimientos de tipo coincidente, y puede aseverarse que nunca en la historia de las Repúblicas sudamericanas se ha producido inclinación reactiva tan acentuada. Esta serie de factores, registrados *grosso modo*, deben explicar al muchas veces sorprendido intérprete europeo el porqué en el seno de las Naciones Unidas los delegados hispanoamericanos han sumado sus votos a los de otros pueblos, especialmente cuando se discutían problemas determinados por la aspiración de algunas colonias dependientes de Europa que aspiran, no sin motivos, a una anhelada manumisión. Esas posturas dialécticas acaso están dictadas más por la pasión que por la reflexión, sobre todo habida cuenta de que cuantos en Sudamérica respaldan hoy esas inclinaciones antiyanquis piensan si en una cooperación con Europa podrían encontrar solución a sus problemas, y son indefectibles europeos los Estados a quienes afecta esa crisis de colonismo que hoy se percibe a lo largo y a lo ancho del mundo. Ello sin desdeñar otro factor, a saber: que la Europa occidental prácticamente se ha colocado del lado de Norteamérica en su pugna frente a Moscú, y es dato curioso que los instalados en las presidencias de las Repúblicas sudamericanas —caso del general Ibáñez—, al propio tiempo que no disimulan su poca devoción por Norteamérica, anuncien el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la U. R. S. S.

Para nosotros lo evidente es que el mundo sudamericano, un poco en la penumbra en los días postbélicos, torna a ocupar un

primer plano en las preocupaciones de la hora presente, y esta deducción, si a todos debe interesar, es sin duda a los españoles a los que más directamente afecta, y de ahí la necesidad de considerar a la vez con interés y prudencia ese fenómeno reactivo a que aludimos en estas glosas.

LA EUROPA DE ESTRASBURGO

Desde los micrófonos de Radio Estrasburgo el cardenal Tisserant, decano del Sacro Colegio, decía el 16 de septiembre: «Si el Soberano Pontífice ha manifestado el interés que le inspira esta nueva sesión del Consejo de Europa es porque el tiempo apremia. Es preciso hacer a Europa y que ésta comprenda la importancia de la hora presente. Sin una más estrecha cohesión en los esfuerzos los Estados europeos corren el riesgo de su esterilidad. Unidos pueden aún contar. No es de ayer aquello de que la unión hace la fuerza.»

Las anteriores manifestaciones inspiraban a *A B C* (editorial del 18 de septiembre) las siguientes palabras: «O Europa o la Antieuropa. Esta es la verdadera disyuntiva.» Las afirmaciones entrecuilladas de *A B C* aluden a un problema que interesa considerar con la máxima prudencia. Es ésta una tesis que viene esgrimiéndose con notoria reiteración, y a tenor de la cual Europa se encuentra situada ante un dilema: unirse para hacer frente a la amenaza proveniente del Este. Si tal exégesis es cierta (nosotros le opondremos más de un reparo) resultaría que sin la preexistencia de la amenaza expansiva rusa, realizada a caballo del satelitismo, Europa no pensaría en vaciarse en una organización supranacional. Si, por tanto, estamos situados ante un problema de emergencia, la deducción a establecer nos parece evidente: no será la Europa de Estrasburgo la que pugna por escribir un capítulo histórico; sencillamente reanudaríamos la vieja táctica de las coaliciones, táctica instintiva que Europa practicó reiteradamente siempre que en cualquier sector de Europa una hegemonía potencial intentaba transformarse en actual. En suma, se nos ofrecería una nueva versión del equilibrio, tan episódico y tan inestable como todos aquellos intentos que la Historia registra desde 1648. Ello

significaría que esta Europa de Estrasburgo no representa otra cosa que un nuevo intento de realización de aquella imagen maquiavélica de la accidentalidad y amoralidad de las alianzas. Tal reinstalación (y a ello parece tenderse) a más de anacrónica resultaría ineficiente, por cuanto Rusia no sólo practica el anexionismo, sino que trata de apoyarlo en un credo políticosocial cruento e intransigente, ya que pretende exportarlo en cuanto elemento de aglutinación drásticamente impuesto. Así resulta que Rusia tiende a hermanar la política de fuerza expansiva con el ingrediente de la comunización del mundo.

Frente a tal sistema, que sería el de un Estado nuclear ampliándose indefinidamente a expensas de Estados sucesivamente colindantes, la Europa de Occidente no ofrecería otro antídoto que el viejo y desactualizado sistema de la *balance of power*. Tal principio, entre otros inconvenientes, nos ofrece el muy inquietante de su disímil interpretación por parte de cuantos intentan nutrirlo. Así, Francia lo incrusta en una obsesión, la de su seguridad, para servir cuya idea fija requiere la garantía de naciones que no son indiscutiblemente europeas (Inglaterra y los Estados Unidos). Gran Bretaña, gran teórica del equilibrio, que desde 1519 elevó a la condición de constante histórica, recientemente por boca de Mr. Eden nos hace saber en Estrasburgo que ese naciente Consejo de Europa puede encontrar colaboración de las denominadas «comunidades restringidas», pero sin que ello deba afectar a la autonomía de estas últimas.

Si el lector de esta REVISTA estima adecuados nuestros anteriores reparos y sugerencias, no plenamente coincidentes con la idea disyuntiva de la Europa y la Antieuropa, nos permitirá ahora ofrecerle un intento de exégesis afinado en un plano dialéctico que no es precisamente el que actualmente se manipula en Estrasburgo.

A B C, en su citado editorial, nos hacía saber: «Sería, sin embargo, ingenuo ignorar que la unidad europea tiene enemigos. El más encarnizado es la inercia de las instituciones. El hombre, apegado a formas políticas tan seculares y caducas como el Estado nacional y soberano, se resiste a mudarse de hábitos mentales.» Nos congratula que *A B C*, con su innegable autoridad, abunde en una tesis por nosotros sostenida con insistencia (véase nuestra obra *El problema de la unidad del mundo postbélico*, San Pablo,

1952). Dicha versión nuestra puede sintetizarse así: no nos parece inadecuado el que Europa se disponga a hacer frente al sistema expansivo soviético, acentuando a tal objeto la regregación de sus fuerzas, pero el viejo mundo debe darse cuenta de que tal reacción, si ha de alcanzar una mínima permanencia, precisa buscar su complemento y el incremento de su fortaleza dialéctica en una idea aglutinadora; ésta no precisa ser articulada por un grupo de políticos dotados de cierta capacidad creadora. Bastaría con que Europa percibiese de modo claro que entre los frutos específicos de esta cosecha postbélica se destaca uno que nos parece encerrar una evidencia difícilmente superable, a saber: que el viejo criterio de la soberanía absoluta del Estado ha sido superado, a nuestro entender de modo irremediable; cuantos pretendan ignorar esta evidencia no harán otra cosa que extraviarse en el laberinto de los caminos anacrónicos.

Desgraciadamente Europa no se decide a retirar las naturales consecuencias de esa lección de experiencia, y son más las inclinaciones ligadas a lo que se ha llamado nostalgia de las soberanías integrales que aquellas propensiones dispuestas a reconocer que existen prolongaciones de imposible galvanización. Así, uno de los más destacados animadores del Benelux (organización que rebasa el principio de la soberanía integral), van Zeeland, nos habla a propósito del ejército europeo de lo que él denomina inútil abandono de la soberanía. Oliveira Salazar, de cuya clarividencia no es lícito dudar, tras señalarnos el peligro de que Europa caiga en una especie de colonismo mental (el ruso o el norteamericano) y de aseverar que Europa corre un riesgo, el de «ahogarse la fuerza creadora del genio bajo el peso de importaciones extranjeras», dirige tal advertencia a los que manejan lo que en Portugal denominan «esdrújulos federalismos europeos».

De lo precedentemente alegado deducimos que si Europa quiere salvarse en Estrasburgo, más que manipular a base de «antis» o de especular exclusivamente en torno a la innegable amenaza proveniente del Este, propugnando específicas medidas emergentes y como tal episódicas, debe aceptar sin reservas ni distinguos esta gran verdad: que el mayor peligro para la Europa occidental radica en lo que los yanquis denominan «municipalismo del Viejo Mundo». Que la Europa de Occidente está situada frente al problema hamletiano es innegable, pero si Europa quiere ser sólo

puede alcanzar tal epílogo salvador vaciándose en una superestructura que esta postguerra nos está revelando ser ineludible e inaplazable. Pero nos invade el temor de que aún pesa exageradamente sobre ciertos sectores del mundo pensante europeo la denominada nostalgia de la soberanías integrales y que la sedicente «municipalización» del Viejo Mundo todavía proyecta su nefasta influencia.

CAMILO BARCIA TRELLES